

¿MIRARÉIS?
¿Quién se debe dirigir toda la correspondencia?
No se desvirtúen las originales, aunque no se inserten.
L. LEÓN DE SANTA TERESA, 4



¡A Berlín, a Berlín, a Berlín!

Hace veintisiete años, grupos numerosos recorrían las calles de París repitiendo ese grito de guerra.

El pueblo en su perpetua infancia, se equivocaba; mejor dicho, le engañaban. Arriba, todo estaba poldro; abajo, todo amenazaba con volverse también. Como un potentado que da una gran fiesta y pregunta a su mayordomo, a su servidumbre si todo está dispuesto para los festejos, así Napoleón III, Napoleoncillo, pregunta a sus mariscales, figuras decorativas de las esplendorosas fiestas de Tullerías:

—¿Estamos preparados para la guerra?

—Ni un boten de polaina falta, Señor.

Y tranquilo, incapaz de pensamiento y menos de acción, sigue el César de lance fumando su véguere.

¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín! vociferaba la masa bajo los balcones del imperial palacio.

Un poco de paciencia, parece decirle el hombre de las tinieblas, asomándose un momento, con la sonrisa en los labios; un poco de paciencia, pues ya he dado orden a mis generales de que os lleven allá, dando un paseito.

El Congreso hervía. Solo un hombre tuvo valor suficiente para levantar y decir, en medio del entusiasmo rayano en delirio, que lo que se intentaba era una lecura. En poco estuvo que aquel hombre pagara con su vida su clarividente honradez cívica.

Lo que siguió, todos lo saben.

Hace, repito, veintisiete años de aquello, y al leer que nutridos grupos de todas las clases sociales van gritando por las calles de París: ¡Abajo Zola! ¡Abajo Zola! ¡Abajo Zola! no puedo menos de recordar las vociferaciones con las que el más grande de los escritores modernos cierra una de sus obras «Naná.»

Los motivos secretos que mueven a la mayoría de los franceses a insultar a la primera cabeza de Francia, y acaso de Europa, todos lo saben, y todos los amigos de la libertad y del progreso sienten honda pena y tiemblan ante una erupción posible de ese volcán llamado París; el torrente de lava que de él saliera, lo mismo purificaría al mundo que sepultar por largos años la luz que con tantos sacrificios se ha conseguido encender. Pero qué síntomas alarmantes! Francia necesitado andadores todavía, Francia no habiendo aprendido lo suficiente con las rudísimas pruebas que sufrió durante el año terrible, Francia tan corrompida como entonces, olvidando su misión de libertadora, de regeneradora, de maestra; ella, la llamada a ser la abanderada del Progreso...

En qué cielo, en qué tinieblas ha caído la Ciudad-Luz!

Puede estar satisfecha la reacción; acaba de conseguir una gran victoria. Acaso más tarde todo se derrumbe, y así hemos de creerlo, porque aunque á tropezones, el mundo marcha; aun más: cuánto tiempo perdida, cuántos dolores, cuántas vergüenzas archivará la historia entre el momento de la caída y la hora de la regeneración!

Zola ha sido condenado. El presidente del Jurado, el mismo que lloraba al oír la magnífica oración de Labori, declara después que el gran escritor es culpable. Francia celebra el monstruoso veredicto, París sobre todo. Los bailes públicos se llenarán de gente, las ramerías de todas clases serán aclamadas: juega general, en la que dominarán las voces de los estudiantes, sordos ante las súplicas ardientes, paternales, proféticas del insigne Zola. Y dentro de algún tiempo, la Exposición. No se por qué no me entusiasma esa futura exposición, no se por qué, al pensar en ella, recuerdo una imagen de Víctor Hugo: «Esa espantosa exposición internacional llamada un campo de batalla.»

Cuando un organismo llega a cierto grado de desquiciamiento, ya por anemia, ya por descomposición de la sangre, una catástrofe es siempre de temer; no hay tranquilidad posible. Quedan algunas, muchas quizás, células sanas; ojalá encierren vida suficiente para salvar el cuerpo todo.

El barómetro de una nación es el Arte en general, pero especialmente la Literatura, por la mayor amplitud en que se desenvuelve la idea, por su complejidad, por su mayor facilidad en penetrar en las inteligencias. Pues desde hace ya tiempo, qué literatura, qué arte tan nimio, tan endeble, tan sucio viene de París...; dos escritores figuraban a la cabeza de las letras francesas: Zola y Daudet, su hembra en genio. Daudet acaba de morir y á miles de metros por encima de los demás, Zola seguía produciendo. Pero es un verdadero genio, un genio completo, una cabeza llena de luz y de fuerza, y sus obras son la expresión de esas dotes potentes, verídicas, sanas, justas, valientes. Semejante cerebro resultaba un peligro para el espíritu de las tinieblas, y mientras se presentaba ocasión oportuna para mancharlo y si posible fuera aniquilarlo, hábiles manos comenzaron a modelar cerebros á propósito para sus fines, cerebros incompletos, desequilibrados, enfermos, que esorcieran en las masas de los lectores la locura y la imbecilidad. Y ahí tenemos cómo, algunos, muy pocos, á sabiendas y por bajo lucro, y sin darse cuenta la mayoría de ellos,

vienen esos autores y artistas decadentes siendo los corruptores de los pequeños y de los humildes. Apenas leer casi todo lo que en Francia se escribe; apenas y desconsuela asistir á la invasión de aquel teatro, de aquella pintura, de aquella música. Y qué lógica es la explosión de ira que atronaba las calles, el barrio latino sobre todo; aquellos cerebros endeblados, refinados, enfermos, no podían menos de sentir odio profundo hacia el coloso, tan sano, tan equilibrado. Semejantes enclenques están maduros para todas las derrotas, para todas las invasiones, para todas las cadenas. Qué página tan profunda aquella en que, en «Roma», Pedro Troment y Narciso Habert conversan en la capilla Sixtina, frente á Miguel Angel y á Boticelli. Narciso Habert, llegando hasta el desmayo ante lo que en arte expresa lo raro, lo refinado, la vaguedad, lo irreal casi, ofuscado ante la verdad, la potencia, el movimiento de Miguel Angel, lamándolo albañil, con cediéndole genio, sí, pero un obrero, después de todo, un trabajador incansable y asiduo que no conocía ciertas exquisitas enfermedades y de cuyas manazas brotaban seres gigantes, pléticos. Los productores intelectuales de ahora son Narciso Habert, aquel mocito astuto, fino, avaro, elegante, refinado, con su peinado florentino y su mirada fría, pálida, casi incolora.

¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín! El grito loco de entonces hase convertido en este, no menos loco, pero infame: ¡Abajo Zola! ¡Abajo Zola! ¡Abajo Zola! En medio de la tristeza que angustia á todos los corazones sanos, una esperanza brilla y conforta: la de que Francia, temperamento nervioso tan fácil de reaccionar, recapacite, vuelva en sí, se avergüence de su hora de locura abominable, medite las responsabilidades en que incurrió y repare amorosa y entusiasta el crimen que acaba de cometer. Entonces todos sus amigos también lanzarían un grito: ¡A París! ¡A París! ¡A París!

A París, sí, para asistir dentro de algunos meses á la fiesta del trabajo; á París, á llenarse de libertad los pulmones y de luz el cerebro. En 1889, alzábase las miradas hacia la torre Eiffel; que contemple el mundo, en 1900, esa otra torre, más alta, más gigante que aquella de hierro: Zola erguido sobre toda su obra, pero en el mar proceloso que es París; que sea también el timonel sereno y prudente del buque simbólico de la gran ciudad, batido por la tormenta, pero siempre saliendo á flote: *Anchnat, nec mergitur.*

CARLOS DOCTEUR

LA CÁMARA INSULAR

Los secretarios de despacho de Cuba han celebrado Consejo.

Visto lo ocurrido en Puerto Rico, se trató de la convocatoria del Parlamento colonial.

Se acordó apresurarle todo lo posible, con sueldo antes con el gobierno central algunos detalles relativos á las condiciones de los consejeros.

Es probable que la convocatoria se publique el 27 del actual, para verificarse las elecciones el 27 de Abril.

OTRA CLAVE

La suspicacia pública ha puesto estos días en estudio al general Lee, agente consular de los Estados Unidos en la isla de Cuba, á quien se considera más amigo de los rebeldes de la manigua que de la nación que le admitió como representante de un vecino peligroso.

Hasta se ha llegado á decir que Lee pertenece al sindicato que quiere la compra de la isla y trabaja el negocio como uno de los más pingües que los yankees han hecho de muchos años acá.

Tamajita afirmación bien merecida que nos fijemos en ella; y sobre todo que nuestro gobierno la depure por los medios eficaces que á mano tiene.

Antes que dar un paso en falso conveniente es que exista convencimiento pleno de que nos asiste la razón para exigir del gobierno norteamericano que sea relevado dicho funcionario.

Pudiera, no obstante, ocurrir que fuera difícil ofrecer prueba plena de las incorrecciones y abusos que se le atribuyen; pero si de la opinión que nuestro gobierno forma resulta que, en efecto, la gestión del agente deja que desear, en el mismo momento con que se mira la opinión del país cubano leal á España, cabe fundamentar nuestra demanda á los altos poderes de la gran república.

Como en todos los asuntos es la impremeditación mala consejera hay que pedir, en este más que en otros, muy discreta reflexión.

Es la raza latina á que pertenecemos muy impresionable. Pensamos con el corazón; y con frecuencia el presentimiento sirve de base á nuestros mas aventurados juicios. En momentos como los actuales, cuando la desconfianza anda suelta, fuerza es precavarse de prudencia y de mucha calma.

No podemos olvidar que la misión del representante consular de los Estados Unidos en la Habana es expuesta á complicaciones y que ha de aparecer generalmente antipática, acaso siguiendo instrucciones de su gobierno, que como hemos repetido, va empujado por la masa vecinglera de los que con buenas ó malas artes, espolcados por codiciosos propósitos, tratan de despojar á España de una soberanía que solo puede arrebatarsela con la maldición de Dios y ludibrio de la historia.

Se requiere examen muy detenido para precisar donde en la labor consular de Mr. Lee ha llegado el funcionario digno de consideración: y donde la inclinación

nes más ó menos veladas de reprobables apasionamientos han podido rebasar los límites de lo justo y correcto.

En esto punto nadie mejor que las autoridades de la isla deben de ser jueces imparciales. Ellas sabrán si la actividad se ha convertido en intromisión inadmisible, el celo en asomos de perfidia, y la habilidad en deseos de provocar conflictos.

Ya parece augurio confort ble el hecho de que después de tantos meses transcurridos, el Gobierno español no haya dudado reclamación diplomática acerca del particular, lo cual hace suponer que no habrá recibido queja alguna de aquellas autoridades; pero si esto no fuera así, si las quejas se hubieran producido y las censuras contra el consular Lee estuvieran justificadas, no tendríamos acontos suficientemente enérgicos para revolvernoss contra nuestros gobernantes, así obraran por censurable negligencia ó por cualquier otro motivo que en todo caso solo podría merecer la reprobación más general.

Tengamos en cuenta que la actitud del representante de los Estados Unidos en la isla de Cuba puede influir poderosamente en la persistencia ó en el aniquilamiento de las fuerzas insurrectas.

He ahí otra clave merecida á la cual puede ó no prosperar también el régimen autonómico, en el cual los Sres. Sagasta y Moret fundaban sus más liasoneras esperanzas.

LA GACETA

PRESIDENCIA.—Reales decretos admitiendo la dimisión que por motivos de salud ha presentado D. Fernando Primo de Rivera del cargo de gobernador general, capitán general de las islas Filipinas, y nombrando para sustituirle al teniente general D. Basilio Agustín y Dávila.

—Otro declarando que no ha debido suscitarse la competencia promovida entre el gobernador civil de Barcelona y el juez de instrucción del distrito del Norte de la misma ciudad, sobre la denuncia hecha por el juez municipal, respecto á que el dueño de una lechería carecía de la licencia necesaria para expendir leche.

—Otro decidiendo á favor de la administración la competencia promovida entre el gobernador civil de Barcelona y el juez de instrucción del Norte de la mencionada capital, con motivo del juicio de faltas celebrado contra un expendedor de chocolate que contenía materia amilácea.

—Otro 13. id. la entre el gobernador de la provincia de la Coruña y el juez de instrucción de Ordenes, sobre una quejuela criminal entablada por el delito de prevaricación contra el alcalde presidente del Ayuntamiento de Trazo.

—Otro resolviendo que no ha debido suscitarse la competencia promovida entre el ya citado gobernador civil de Barcelona y el juez de instrucción de la Universidad, sobre si son reales ó supuestas las nóminas de trabajadores que figuran como participantes de la suma de 500 pesetas, acordada y votada por el Ayuntamiento de San Andrés de P. Iomar, para rep ración del camino vecinal.

El pescador nos daba gracias por su familia.

La abuela miraba todo eso con ojos azorados, y la expresión de su fisonomía se asemejaba más bien á la cólera que á la indiferencia.

«Vamos, Andrés, dijo mi amigo al viejo, el hombre no debe de llorar más que una vez lo que puede rescatar con el trabajo y el ánimo.

Hay tablas en los bosques y velas en el cáñamo que nace.

Sólo la vida del hombre gastada por el pesar es la que no retoña.

Un día de lágrimas consume más fuerzas que un año de trabajo.

Bajad con nosotros, con vuestra esposa y vuestros niños.

Nosotros somos vuestros marineros y os ayudaremos á subir esta tarde los restos de nuestro naufragio.

Con ellos podéis hacer todavía camas, mesas, muebles para la familia, y llegará día en que os cause placer dormir tranquilo en medio de esas tablas que por tanto tiempo os han molido sobre las olas.

¡Ojalá nos pudieran servir de ataúdes! murmuró sordamente la vieja.

XX

Levantáronse, sin embargo, y nos siguieron todos bajando lentamente las gradas de la costa; pero se conocía que les hacía daño el aspecto del mar y el bramido de las olas.

No trataré de describir la sorpresa y la alegría de aquellas pobres gentes cuando desde lo alto de la última meseta de la rambla percibieron la hermosa embarcación nueva, brillando al sol y puesta en seco sobre la arena al lado de los restos de la antigua, y cuando mi amigo les dijo:

«Es vuestra; Alborzados cayeron de rodillas, caía uno en el escalón donde se encontraba, para tributar gracias á Dios en lugar de dárnosla á nosotros, pero su felicidad era para nosotros bastante recompensa.

Levantáronse á la voz de mi amigo

XXI

nos pidió perdón por sus sospechas. Desde aquella hora nos amó casi tanto como amaba á su nieta ó á Beppo.

XXII

Despedimos á los marineros de Prócida después de haberles pagado los tres ceques convenidos, y enseguida cargamos cada uno de nosotros con uno de los objetos del aparato que obraban en la bodega, y llevamos á la casa, en vez de los restos de su fortuna, todas aquellas riquezas de la venturosa familia.

Por la noche, después de cenar á la luz de la lámpara, descolgó Beppo de la cabecera de su abuela el pedazo de tabla rota donde su padre habia grabado la efigie de San Francisco.

La separé con una sierra; la limpie con su navaja y la pulimenté y pinté

XXIII

pas, cables, ancla de hierro, todo fué nuestro.

Completamos este equipo comprando en una tienda del puerto dos capotes de lana, uno para el viejo y otro para el niño; añadimos á esto redes de diferentes especies, canastas de pescado, y algunos utensilios groseros para el uso doméstico de las mujeres.

Convinimos con el vendedor de la barca que le pagaríamos al siguiente día tres ceques más si la embarcación era conducida aquel mismo día al punto de la costa que le designáramos.

Como la borrasca iba cediendo y la tierra elevada de la isla abrigaba el mar un poco por aquella parte; se obligó á ello, y nos dirigimos por tierra á la casa de Andrés.

XXIV

Nosotros seguimos la ruta lenta-

